



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS  
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

## La Guardia Civil y el sostenimiento del trono de Isabel II en la Revolución de 1848

*Eduardo Martínez Viqueira*

Academia de las Ciencias y las Artes Militares  
Sección de Historia Militar

1 de septiembre de 2023

En la primavera de 1848 estalló una grave crisis que vino a turbar la relativa tranquilidad que, después de mucho tiempo, se disfrutaba en España. Se cernían sobre nuestra patria las «*tormentas del 48*», como las había bautizado Pérez Galdós en uno de sus Episodios Nacionales; hijuelas de la revolución que estaba sacudiendo violentamente a las principales monarquías europeas, hiriéndolas de muerte de forma irreversible.

El efecto más cercano a nuestra patria fue la revolución que había estallado en Francia en febrero de ese año 1848, que supuso el derrocamiento del rey Luís Felipe de Orleans y la proclamación de la república. La familia real francesa tuvo que huir a Londres apresuradamente para salvar sus vidas. Pero con ellos se encontraba la Princesa María Luisa Fernanda de Borbón, la hermana pequeña de la Reina Isabel II, que residía en la Corte francesa junto a su familia política, tras su reciente matrimonio con el duque de Montpensier, hijo del rey francés.

La noticia llegó a Madrid el 25 de febrero. El Gobierno español consideró entonces que la Princesa de Asturias debía regresar a España junto a su hermana Isabel y la Reina Madre, María Cristina, para garantizar su seguridad. Era preciso salir a su

encuentro y acompañarla hasta Madrid, sana y salva. De forma urgente, el 27 de febrero fue comisionado para aquella delicada misión el teniente general Francisco Javier Girón, duque de Ahumada e Inspector General de la Guardia Civil, como persona de la máxima confianza del Presidente del Consejo de Ministros, Ramón María Narváez. Mientras Ahumada desempeñaba aquella misión, encargó el despacho de la Inspección General de la Guardia Civil a su Secretario General, el coronel De la Torre.

En relación con este misterioso viaje, consta en la hoja de servicios del teniente general Girón una comisión de servicio para «pasar al extranjero en busca de S.A.R la Princesa de Asturias Doña María Luisa Fernanda», con motivo de la revolución producida en Francia, «y que encontrándola en Londres la custodió hasta su llegada a Madrid el 7 de abril». Algún cronista, incluso, abunda en el relato de aquel viaje con varias peripecias, como el paso de incógnito del canal de La Mancha, rumbo a Inglaterra, a bordo de la pequeña embarcación de un contrabandista normando, hasta que al fin encontró a la princesa en Londres y la acompañó en el



*Isabel II. . Oleo de Luis de Madrazo, Museo del Ejército*

viaje de retorno a España, desembarcando en Lisboa. Pero la hipótesis más plausible es que el duque de Ahumada, después de sopesar la situación o tras recibir órdenes expresas, se dirigió a la ciudad de San Sebastián, donde estaba previsto que arribara el barco procedente de Inglaterra que conducía a los duques de Montpensier. Aquel barco debió llegar a San Sebastián —probablemente, el puerto de Pasajes— el 31 de marzo o el 1 de abril, según refiere el propio Ahumada en sendas cartas dirigidas a Narváez, fechadas a finales de marzo desde la ciudad vasca, donde debió permanecer cerca de un mes. A continuación, emprenderían el viaje por carretera hasta Madrid, donde llegaron el 7 de abril.

Mientras tanto, la ola revolucionaria había alcanzado nuestro país, con un pronunciamiento encabezado por los sectores más radicales. Al frente de aquella asonada se encontraba el coronel De la Gándara, auxiliado por Manuel Buceta –el ex primer capitán de la Guardia Civil, expulsado tras el levantamiento de 1846 en Galicia–, a quienes secundaban unos setecientos militares del partido esparterista. Además, los tímidos levantamientos del ala más radical del progresismo, especialmente en Aragón y Cataluña, se simultanearon con algunas intentonas carlistas.

Para hacer frente a aquella revuelta, el general Narváez obtuvo del Congreso la autorización para suspender, en caso de que fuera necesario, las garantías de los derechos individuales, lo que le dejaba las manos libres para la prevención y el castigo de cualquier intentona revolucionaria. Esta medida, que posteriormente tendría una fuerte contestación en las Cortes por los progresistas, se mantuvo vigente hasta diciembre de aquel año 1848.



*General Ramón María Narváez. Presidente del Consejo de Ministros cuando tuvo lugar la revolución de 1848. Cuadro de Vicente López Portaña*

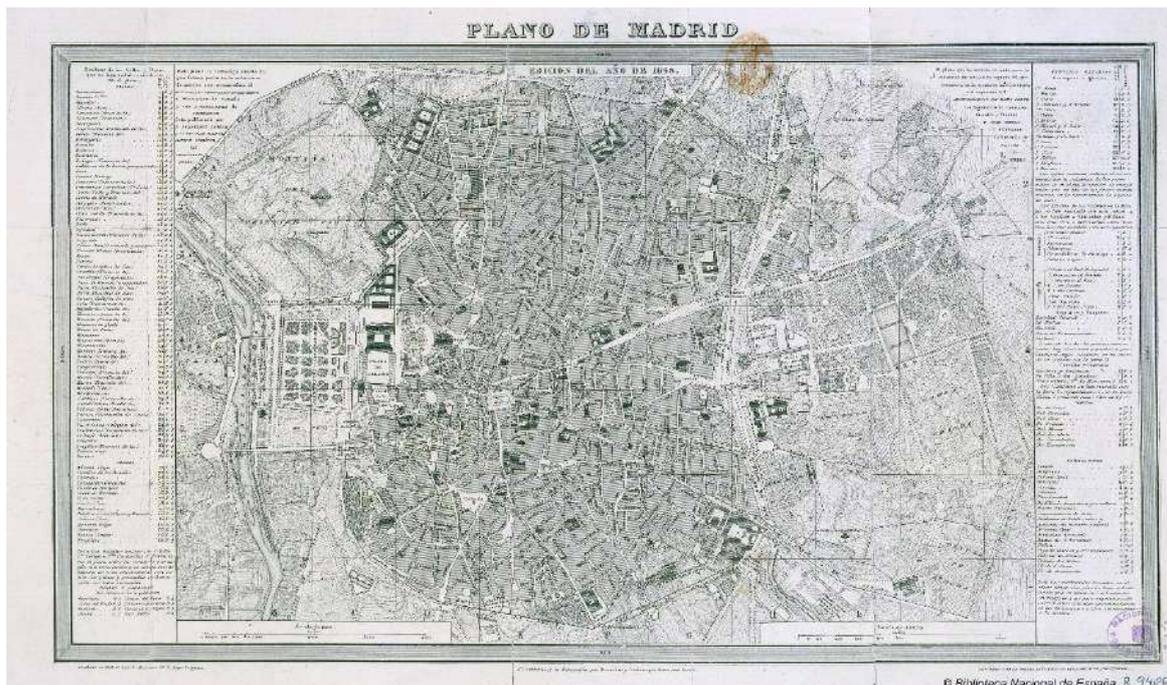
Por su parte, la Guardia Civil se iba a enfrentar por primera vez a una revolución de alcance nacional y con importantes apoyos de los elementos más radicales. Cuando aún no contaba con cuatro años de existencia, aquella crisis serviría para poner a prueba la capacidad de la Guardia Civil para hacer frente a un conflicto de tal gravedad.

En la tarde del 26 de marzo de 1848, de acuerdo con la consigna difundida por los revolucionarios, se produjo el levantamiento general en las calles de Madrid. El Gobierno era conocedor de los planes, y había ordenado el acuartelamiento de las fuerzas de guarnición en la Corte, previendo su necesaria intervención para neutralizar la revuelta. Por su parte, la fuerza del 1º Tercio de la Guardia Civil estaba

también reunida y atenta en su acuartelamiento de San Martín, a la espera de acontecimientos. A media tarde comenzó a notarse un cierto movimiento de agitación en algunos barrios; y al atardecer, las calles céntricas de Madrid se

llenaron de alborotadores, que armados y lanzando proclamas revolucionarias, ocuparon los puntos neurálgicos previamente convenidos.

El coronel Carlos Purgoldt y de la Peña, barón de Purgoldt de Löwenhardt, era el jefe del tercio de la Guardia Civil de Madrid. En él recaería la responsabilidad de la intervención de la fuerza del Cuerpo, pues su Inspector General se encontraba todavía en San Sebastián, como hemos dicho, comisionado para recibir a los duques de Montpensier.



*Madrid en 1848. Plano de la villa de Madrid correspondiente al año de 1848. Francisco Coello. Biblioteca Digital Hispánica.*

En cuanto comenzó la revuelta, el coronel Purgoldt recibió la orden de trasladarse con toda la fuerza disponible a la Puerta del Sol, donde se encontraba el general Fernando Fernández de Córdoba, a cargo de la posición. Aquella plaza era conocida como punto habitual de reunión en todas las asonadas y revueltas, y también era el convenido para la concentración de las unidades de guarnición de Madrid, en caso de revuelta. Purgoldt se puso al frente de la fuerza a sus órdenes, embocando la calle de las Hileras para enfilarse a la calle Mayor. Con su mayor anchura, y lejos aún de los concentrados, pudo preparar allí el dispositivo de aproximación. Tendrían que progresar por una calle con numerosos revoltosos dispuestos a hostigarles. Los 150 guardias civiles de infantería formaron por cuartas en columna, mandando cada mitad el primer capitán Luís Periche, comandante de provincia de Madrid, y el teniente Juan Antonio Moreno y Tamayo, respectivamente. A retaguardia, progresaban los 40 guardias de caballería y, al

frente del despliegue, el coronel Purgoldt, acompañado del comandante Manuel Gómez de Barreda y los dos oficiales ayudantes, Fernando Delgado y Ramón Boch.



*La Puerta del Sol. Grabado de la Puerta del Sol en 1848. Museo de Historia de Madrid*

Al llegar a la altura de la calle de Boteros, que da acceso a la Plaza Mayor, un grupo de individuos ocultos tras la empalizada de una obra abrió fuego sobre la cabeza del despliegue. La descarga provocó una herida de bala al coronel Purgoldt en el brazo izquierdo, hiriendo igualmente a un guardia. Al verse atacados, el jefe de tercio dispuso al momento que el comandante Gómez de Barreda continuara con el grueso de la fuerza hacia la Puerta del Sol; mientras él, pese a estar herido, se lanzaba al galope sobre la Plaza Mayor, seguido del primer capitán Periche y algunos guardias. Tras ellos, entró también en la plaza el teniente Moreno con una de las mitades de infantería, y después de hacer fuego, consiguieron despejarla. Acto seguido, Purgoldt se dirigió a la Puerta del Sol para reunirse con el resto de la fuerza y contactar con el general Córdova.

Mientras tanto, el teniente Moreno con la fuerza a sus órdenes, reconocía los soportales para la total limpieza de la plaza. Tras una de las columnas, amparado por la oscuridad de la noche, un individuo salió de las sombras y apoyó la boca del cañón de su trabuco sobre el pecho del teniente. Reaccionando rápidamente, el oficial apartó el arma con su sable, abalanzándose a continuación sobre su

oponente y haciéndolo prisionero. Una vez despejada la plaza, Moreno situó centinelas en todos los accesos, para asegurarla.



*Barricadas en Madrid. Grabado de las barricadas levantadas por los revoltosos en una calle de Madrid durante la revolución de 1848*

A la una de la madrugada regresó Purgoldt a la Plaza Mayor, acompañado de un grupo de carabineros para que se hicieran cargo de la vigilancia de aquel punto. Reagrupada la fuerza del tercio de la Guardia Civil, se incorporaron al dispositivo dos compañías del Regimiento de América y se dirigieron a la plaza de la Cebada, donde los revolucionarios estaban haciendo fuego sobre las tropas del Ejército que habían acudido a ese punto. Enfilaron la calle de Toledo y cuando se encontraban próximos a la plaza, los alborotadores cesaron el fuego y se dispersaron. Permanecieron en la zona en evitación de nuevos incidentes y, más tarde, se incorporó el general Córdova a la plaza de la Cebada, escoltado por la fuerza de caballería de la Guardia Civil.

Finalmente, a las tres de la madrugada del día 27 se dio por sofocada la revuelta, retornando la fuerza de la Guardia Civil a su acuartelamiento. En el balance del enfrentamiento hubo que lamentar seis guardias heridos, tres de ellos, de suma gravedad, además del coronel Purgoldt.

En la última de las cartas enviadas desde San Sebastián, fechada el 30 de marzo, Ahumada felicitaba al general Narváez por el éxito alcanzado en la noche del pasado día 26, en que se había conseguido abortar el movimiento insurreccional. También se lamentaba de no haber podido estar en Madrid para, según sus palabras, «poner de mi parte lo que me hubiera mandado», pues era conecedor de

la importante labor que había desarrollado el Tercio de la Guardia Civil para sofocar la revuelta.



*El duque de Ahumada. Don Francisco Javier Girón y Ezpeleta, duque de Ahumada, organizador y primer Inspector General de la Guardia Civil. Oleo de Federico de Madrazo*

En los días siguientes, la fuerza del tercio permaneció de guarnición en Madrid, sin atender a su servicio ordinario. Al igual que las tropas del Ejército, el personal se mantenía acuartelado, sobre las armas, en prevención de nuevas intentonas de levantamiento. La situación en el resto de España y en otros países europeos no hacía presagiar que el final de la revolución estuviera próximo.

Como cabía esperar, el 7 de mayo estalló una nueva revuelta. Por la noche, las patrullas de reconocimiento de la Guardia Civil detectaron movimientos. La que se encontraba al mando del subteniente Mariano Julve informó a su regreso de que el Regimiento de Infantería España, nº 30, se había unido a los revoltosos y se dirigía junto a ellos hacia la Plaza Mayor. Inmediatamente, el coronel Purgoldt ordenó formar a toda la fuerza y se dirigió con ella a

la Puerta del Sol, donde se habían ido incorporando, además de las unidades de guarnición, los militares no acuartelados que habían sido alertados para ello.

De repente, sonó, como un trueno, una cerrada descarga de varias armas de fuego que procedía de la calle Mayor. Cuando se disipó el humo, los militares concentrados pudieron ver que los disparos se habían dirigido, casi a quemarropa, contra un grupo de jinetes que había sido objeto de una emboscada cuando se dirigía a la Puerta del Sol. En el grupo atacado se encontraba el duque de Ahumada, ya reincorporado, que se dirigía al punto de reunión, acompañado de su escolta de cuatro guardias civiles. Esta vez, sí podía estar presente para ponerse al frente de sus hombres, a diferencia de la revuelta de marzo, como había lamentado. Al llegar a la altura de la calle del Triunfo, los asaltantes salieron a su encuentro y se hicieron con las bridas de su caballo, a lo que el duque reaccionó empuñando la pistola que portaba en el arzón de la silla de montar. Pero no pudo utilizarla porque, en ese momento, los revolucionarios abrieron fuego sobre ellos. La descarga fue tan nutrida que dos guardias cayeron heridos, mientras Ahumada recibía una herida de posta en su ceja derecha, y su caballo y montura sufrían el

impacto de varios proyectiles. A pesar del ataque, el Inspector General pudo salir de aquella situación e incorporarse al dispositivo, al frente de sus hombres.

Una vez reunidas las tropas en la Puerta del Sol, se dispuso el ataque sobre la Plaza Mayor, en la que se había concentrado, junto a un importante número de revoltosos, casi toda la fuerza del Regimiento España, con sus sargentos y alguno de sus jefes. Mientras tanto, la Guardia Civil pasó a ocupar posiciones en las Casas de Cordero, desde cuyas alturas se podía proteger y vigilar la Puerta del Sol, y en la casa de Pedro de Astrearena (en la Red de San Luís, frente a la calle Montera), para controlar cualquier incursión desde las calles de Hortaleza y de Fuencarral. Después de sofocada la revuelta, la Guardia Civil permaneció todavía un tiempo en la Puerta del Sol hasta que, finalmente, recibió la orden de retirarse a sus cuarteles.

Después de aquellas dos intentonas revolucionarias, Narváez no quiso correr nuevos riesgos y adoptó medidas excepcionales para prevenir una revuelta generalizada. El 10 de mayo creó una Dirección de Policía para la provincia de Madrid, bajo la inmediata dependencia del jefe político; que a partir de julio pasó a denominarse Gobierno Superior de Policía, con dependencia directa del ministro de la Gobernación. Al día siguiente, 11 de mayo, Narváez ordenó también la concentración en la Capital del mayor número posible de efectivos de la Guardia Civil de toda España, dejando en cada provincia, únicamente, una sección al mando de un oficial, que se concentró, en su mayoría, en la correspondiente capital. De este modo, fue desplegado en Madrid un contingente de 4.000 guardias civiles, encuadrados en cuatro batallones, para garantizar la seguridad de la Corte. Al frente de cada uno de los batallones, Ahumada situó a los cuatro jefes de tercio que consideraba más capacitados para aquella tarea, y que habían probado sobradamente su valor en la pasada guerra carlista: el barón de Purgoldt, y los coroneles Alós, Palacios y Serrano. La formación de aquella imponente fuerza fue revistada en el Salón del Prado, desfilando seguidamente ante las autoridades por la calle de Alcalá, lo que causó el impacto y el efecto disuasorio que se buscaba.

Aquella fuerza permaneció en Madrid por un tiempo, prestando servicio de guarnición. Más tarde, regresó a sus unidades de origen de forma gradual hasta mayo de 1849, lo que propició que no se registraran nuevas intentonas revolucionarias. También se suprimió el Gobierno Superior de Policía en septiembre de 1849. La concentración en Madrid durante varios meses de aquel gran contingente de guardias civiles, detraído de los 7.770 efectivos con que contaba la Institución en aquel momento, mermó significativamente la capacidad operativa de las unidades, supuso la desprotección del medio rural y un importante repunte de los asaltos a diligencias, pese a haber redoblado los esfuerzos en la seguridad de los caminos. No obstante, pronto se recuperaron y mejoraron los niveles de seguridad previos a la revolución. Y, en todo caso, aquella drástica

medida, como principal apuesta contrarrevolucionaria de Narváez, había supuesto la demostración de su absoluta confianza en la Guardia Civil, tras comprobar su eficacia en los sucesos de marzo y mayo.

Vuelta la calma, parte de la fuerza del 1º Tercio de la Guardia Civil tuvo que ocuparse de la conducción de largas cadenas de presos capturados durante la revuelta con rumbo a los penales de Cádiz y Algeciras, como punto de tránsito para su deportación a Filipinas.

Por la destacada labor realizada por el coronel Carlos Purgoldt al frente de sus guardias civiles para neutralizar la revuelta del 26 de marzo, le fue concedido el ascenso a brigadier. Aquel prestigioso militar, cuya fama le precedía, había sabido mantenerse «sereno en el peligro» en los momentos difíciles de la guerra Carlista. Ahora, de nuevo había tenido ocasión de demostrarlo, fiel a los postulados de la *Cartilla del Guardia Civil*, y siendo vivo ejemplo para sus hombres.



*La revolución triunfó en Francia. Cuadro de Henri Philippoteaux. Museo Carnavalet de París (Francia)*

Con la experiencia aún reciente de la revuelta, se determinó establecer un nuevo distrito en Madrid, en torno al Palacio Real, para facilitar su defensa en caso de alarma ante un grave conflicto. El punto convenido para la concentración de la tropa se estableció en la plaza de Oriente, y la dirección de tan sensible punto se encomendó, como no podía ser de otra forma, al duque de Ahumada.

La sofocación de aquella revolución de 1848 en España fue un éxito que consiguió mantener a salvo la Monarquía borbónica; una muestra del prestigio de Narváez como estadista, con alcance internacional; y el reconocimiento de la Guardia Civil como garante de la seguridad nacional en los momentos decisivos.

**Nota:** Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2023